

CANCION.

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste son.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mi horas, van mis dias
Mi esperanza carcomiendo,
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazon.
Cuando espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Solo escucha el viento vano
Mi cantar y mi afliccion.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oido, vida mia,
Mi cancion llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prision.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien agena,

Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste son.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces despertando,
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusion!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo:
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños son.

Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Rie y canta, y goza y vive,
Mientras sueño y canto y lloro
Los hechizos que en tí adoro,
Vida y sol del corazon.
Aquí en tanto, hermosa mia,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos
Y al dolor de su pasion,

Triste canta al prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco son.

Abrele, viento, camino á la voz.

QUINTA PARTE.

EL CREPUSCULO DE LA TARDE.

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza,
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra region luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte estenso
Trémulo brilla con púrpura lumbre;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino:
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se vá; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones
Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del dia,
Si atropellan la luz porque se acabe,
Si son cifras de paz ó de agonía,
Desde el sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan,
Murmura el árbol y las aves cantan;
¿Y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por oriente á miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbre con afan se apila,
Desmayado pintó su último rayo.

Adios, fúlgido sol, gloria del dia,
Duerme en tu rico pabellon de grana;
Ora nos dejas en la noche umbria,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, ¡oh sol! que yo te espero;
Yo sé que volverás de esas regiones
Do allende el mar como á inmortal viajero
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
Que al hundirte en la playa mas lejana,
Les dejas en tinieblas porque alaben
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás ¡luz de los cielos!
Y ese volcan con que tu ocaso llenas,
El alba al desgarrar los ténues velos
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa
Otra feliz desconocida gente,
Que ora tal vez pacífica reposa
A la luz de la luna trasparente.

Vé en paz ¡oh rojo sol! si allí te esperan,
Que allí tras otros mares y otros montes
Derramados tus rayos reverberan
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,
Donde una gente dócil y atezada
Alza en medio de bosques y palmeras
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncadas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
Un pueblo infiel que de tu ley vasallo,
Te muestra sus bellísimas sultanas
En el secreto harem de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
De la europea en su niñez cautiva,
El rojo labio de suspiros lleno,
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
Con su tostada y vívida hermosura,
Que entre dos labios de encendida rosa
Asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
En que negras y blancas confundidas,
Unas de otras se ven en los jardines
Cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
De Atenas, de Palmira y Babilonia,
Y á par te esperan de tu lumbre ansiosos
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
Las playas olvidadas de Cartago,
Y del chino el recóndito recinto,
Y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salem los rotos muros,
Del Muerto mar los ponzoñosos riscos,
Que de los pueblos de Gomorra impuros
Son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
En donde los primeros cenobitas
De Cristo tremolaron las enseñas,
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
Los mares que no surcan raudas velas,
En qué arenas se arrastran las serpientes,
Y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata
El ronco y polvoroso torbellino,
Dónde muge la escelsa catarata,
Por dónde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas;
Ante ese inmenso pabellon de grana
Cuán ciego sin tu luz ¡oh sol! me dejas. . . .
Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana! ¡y en tanto crecen
Esos fantasmas de niebla
Con que el ambiente se puebla
En fantástico tropel!
Y se agolpan esas nubes
Que acaso al sol atropellan,

Se confunden y se estrellan
Despeñándose tras él.

¡Mañana! y de aquesta sombra
Entre el denso opaco velo,
No veo el azul del cielo,
Valles, ni montes, ni mar.
¡Mañana! y ora encerrado
En esta atmósfera oscura,
Sé que existe la hermosura
Sin poderla contemplar.

¡Mañana. . . ! y en esta noche
Tan tenebrosa en que quedo,
Me acongojan y dan miedo
La noche y la soledad,
Do quier que vuelvo los ojos,
Do quier que tiendo la mano,
Miro y toco el ser liviano
De la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan
Fantasmas que no conozco;
Veo luces que se apagan
Al intentarlas seguir;
Percibo voces medrosas
Que entre la niebla se pierden,
Sin saber lo que recuerden
Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla
Un soplo vago y errante,
Como un suspiro distante
De alguien que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo,
Mis años y mis momentos
Me tienen mis pensamientos
En estrecha cuenta allí.

¡Qué negro sueño es aqúeste,
Qué delirio el que padezco?
¡Esta sombra que aborrezco
Cuándo pasa? ¡adónde vá?
La siento sobre mi frente
Que en masa gigante rueda,
Y siempre sobre mí queda,
Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
Se delira y se descansa,
El pesar duerme y se amansa,
La afliccion toca en placer:
En la sombra estamos solos,
No nos oyen ni nos miran,
Todos los ecos conspiran
Nuestro mal á adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo
Oigo y veo, y toco y siento
A mi propio pensamiento
Y á mi propio corazón:
No estoy solo, no descanso,
Me oyen, me ven, no deliro. . .

Y estos fantasmas que miro,
¿Qué me quieren? ¿quiénes son?

Oigo el agua que murmura,
Siento el aura que se mueve,
Miro y toco, y sombra leve,
Hallo solo en deredor;
Busco afanoso, y no encuentro:
Pregunto, y no me responden;
Ay ¡dó están? ¡y dó se esconden
Los consuelos del dolor?

No sé, que el cielo encapotan
Esas nubes cenicientas,
Que se arrastran turbulentas
Por la atmósfera sutil;
No sé. . . mas siento que todos
Los recuerdos de mi vida,
En tropa descolorida
Me asaltan de mil en mil

No sé. . . ¡porque no es reposo
Este nocturno tormento
Que el escuadron macilento
De mis recuerdos me da!
¡Tantas imágenes bellas
Que giran en mi memoria!
¡Tantas creencias de gloria
Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo
De olor esquisito y sumo,
Que pasaron como el humo,
Que no volverán jamas. . . .
Sol, tú has hundido tu frente
Tras la espalda de ese monte,
Mañana en el horizonte
Otra vez te elevarás.

Sol, mañana mas radiante
En los brazos de la aurora
Tornará tu encantadora
Soberana esplendidez!
Sol, tú ruedas por los cielos;
Mas por el cielo que pueblas,
No tropiezas con las nieblas
De esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves mas sereno
De tu viage cotidiano;
Sol, tu no esperas en vano
Que volverás desde allí.
Sí, tú volverás mañana;
Mas al tocar en tu oriente,
¿Sabes tú, sol refulgente,
Si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, ¡oh sol! baja tranquilo
Por este rastro de esplendente grana,
Yo en esta roca buscaré un asilo
Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
Los espíritus vagan en el viento,
Que flotan en la niebla misteriosa
Sílides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas
De los que eran aquí nuestros amigos,
Vienen sobre las brisas desatadas
Del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apartados,
En las márgenes frescas de los rios,
Por el agua y las hojas arrullados,
En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,
Y á los que en vida con afan querian
Desde la turba de su alegre bando
Ilusiones dulcísimas envian.

Y dicen que esos son los halagüenos
Fantasmas que en la noche nos abrigan,
Esos los blancos y amorosos sueños
Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
Nuestra vida á endulzar esas visiones,
Y de una estrella al resplandor escaso
Entonarán sus mágicas canciones.

Sí, tal vez á sus madres amorosas
Colmarán de purísimos cariños,
Las transparentes sombras vaporosas
De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
Al triste lecho de la esposa viuda,
A darla en paz el beso regalado
Que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean su voz esos suspiros
Con que la oscura soledad resuena,
Y su aliento esa brisa á cuyos giros
Mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad. . . pero á mí triste,
Que no me vela amante y cuidadosa
Esa sombra que á alguno en paz asiste,
Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos
Benéficos fantasmas de la noche,
Que en las ondas se mecen de los lagos
O de la flor en el cerrado broche;

A mí ¡triste de mí! no me acompañan
Esas sombras de amor, blancas y bellas,
Porque mi adusta soledad estrañan,
Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre, ni un amigo
Que deje los alcázares del cielo,
Y en nocturna vision venga conmigo
A prestarme en mi afan calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,
A quien no deben mas que su amargura,
Recelo de los mismos que me adoran,
Teme el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides, ni magas,
Que en esas solitarias ilusiones
Solo siento en redor torvas y vagas
Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra ¡oh noche! ¡te aborrezco!
Odio la luz de tu tranquila luna,
Ante tus bellas sombras me estremezo,
Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol que baja refulgente
Revestido de pompa soberana:
Yo espero al sol que por el rojo oriente
Vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,
Detesto las tinieblas, amo el día,
Todas en él las auras son olores,
Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,
Abren su cáliz rosas y azucenas,
Y las lágrimas puras del rocío
Bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta
La tierra á saludarle perezosa,
Y el ruisenior entre los olmos canta,
Y llena blando són la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante
Me deslumbra y embriaga y enloquece,
Y al seguirle en su curso rutilante
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
Iré desconocido pasajero
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
Ya murmuren las brisas perfumadas,
Ya cruce por desiertos arenales,
Ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,
En la triste mansion de una mazmorra,
Altivo triunfador, servil vasallo,
Negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas,
Bajo los ostentosos pabellones,
Del río por las márgenes amenas
Y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbrera soberana
Del mar tras los cristales movedizos,

Y soñando á los piés de una sultana
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares
Desde unas costas lúgubres y solas,
Lleguen cruzando los inmensos mares
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados
Mis locos, criminales extravíos
De mis fúnebres cánticos tocados,
Les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros
De aquellas selvas á la mar vecinas,
Y á los rápidos bandos pasajeros
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,
Un verdugo alimento en mi memoria;
Y para hundirla entera en el olvido,
Loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, ¡oh sol! busco anhelante;
Gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!
Yo estaré aquí; levántate mañana.

A UN AGUILA.

ODA.

Sube, pájaro andaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbrera;
Sube batiendo las sonantes alas
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
Los cielos frente á frente,
Y de cerca á tu Dios, ave altanera;
Y que si el ronco torbellino crece,
Vigoroso te mece
Siendo un impulso mas á tu carrera.

¡Qué te importa que el sol ni el torbellino
Cruzen por tu camino,
Si en vuelo altivo y temerario arrojo
La tormenta te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo?

¡Qué te importa de pajaros la ansiosa
Confusion tumultuosa,
Que se afana en subir cuando tú subes,
Si á su impotente y torpe movimiento
Fuerza le falta y viento,
Cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú, de la atmósfera señora,
Aguila voladora
Que abandonando nuestra tierra oscura,
Emperatriz del viento te levantas,
Y solitaria cantas
De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
Las cítaras de oro
De los santos y célicos festines,
Y tal vez mires en distancias sumas
Las espléndidas plumas
De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, ¡oh reina soberana!
El infinito *Hosanna*
Y en torno al cielo respetuoso giras,
Y en el cóncavo ambiente solitario
Del místico incensario
El ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
Que arrastran rutilantes
Esos soles que ruedan en la esfera,
En cariñosa voz y amago blando,
Te acarician pasando
Al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
Del esfuerzo y fatiga,
De arcángeles tal vez acariciada!
Bien hayas tú, que despreciando el suelo
Pides osada al cielo
Libre, tranquila, y liberal morada.

Bien hayas tú, que lejos del inmundo
Pantano de este mundo,
No sientes el dolor de los que lloran,
Ni el vergonzoso són de las cadenas,
Ni las de angustias llenas
Quejas sin fin de los que ayuda imploran.

Ni oyes la ronca voz de la impía guerra
Que ensordece la tierra
Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
Ni del vasallo el desvalido lloro
En derredor del oro
Que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
Recinto de ventura,
Aguila emperatriz, hija del viento,
Y dejarnos aquí ya que no osamos,
Pues cobardes lloramos,
Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños
En indignos empeños
Las ajenas hazañas aplaudamos,
Y al ajustar nuestras contiendas fieras,
Las ajenas banderas
Y el extranjero pabellon sigamos.

Mientras cruzando la region vacía,
Tú en infinito día
La farsa ries de la humana gente,
Y al son de sus dementes alaridos
Registras los perdidos
Vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí en las ráfagas mecida,
Segura y atrevida
Contemplas la mezquina y baja tierra,
La miseria del hombre, y su inmundicia,
Su orgullo y su injusticia,
Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
Del aire y del sol gloria,
Desde la calva inmensurable peña
Ves como se abre trabajosa calle
Por el angosto valle
La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandros, Napoleones
Dieron á sus legiones
Tu vencedora imágen por bandera;
Y tú en el viento sin temor ni vallas,
Al són de sus batallas
Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
Que á la fin tropezaron
En Roma, Babilonia y Santa Elena;
Y allí vencidos, la cerviz hundieron
Mientras al morir te vieron
Rasgar el viento, á tí libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
Aguila poderosa,
Ave del sol y de la luz querida!
Salve, y pluguiera que en tu raudito vuelo
Tregar pudiera al cielo
Una esperanza de mi amarga vida.

¡Oh si alcanzara, cándida María,
Perdida gloria mia,
A enviarte con esa águila un suspiro!
¡Si alcanzara esa osada mensajera
A decirte siquiera
Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
Perdido encanto mio,
Tierna, amorosa y muerta ya María,
¿En qué aura vaga tu fragante aroma?
En qué escondida loma
Me velas hoy tu cáliz, vida mia?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
Y tiéndeme tu mano,
Y dime dónde estás para mirarte;
Para que tengan luz los ojos míos,
Y se acallen bravíos
Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
Por la region perdida
Donde espléndido el sol alza su oriente;
Y si aun es dado á tu gigante vuelo
Escudriñar del cielo
La ignorada mansion resplandeciente,

Busca á mi vida y dila que aun la adoro,
Y dila que aun la lloro,
Al ronco són de la cansada lira;
Pregúntala si lejos de esta tierra,
En ese que la encierra
Alcázar celestial, por mí suspira.

Los Césares así y los Napoleones
Leguen á sus legiones
Tu vencedora imagen por bandera,
Y tú en el viento sin temor ni vallas
Al són de sus batallas
Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
Cruzen por tu camino;
Sigue tu vuelo en temerario arrojo,
Que el huracan te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
Mi lastimero acento,
Sigue cruzando las etéreas salas,
Que los roncros preludios de mi canto
Son los ayes del llanto
Que me arranca la envidia de tus alas.

ORIENTAL.

Larga y pesada es la noche
Si de un cerrado balcon
Al pié se aguarda la lumbre
De un enamorado sol.

Si á oscuras en una calle
No se siente en derredor
Mas que del aura perdida
El interrumpido són.

Larga y pesada es la noche
Para el despierto amador,
Que acecha una blanca mano
Que tal vez le hace traicion.

Mientras la diestra al estoque,
Ebria el ánima de amor,
De rival desconocido
Recela la condicion.

Larga y pesada es la noche
Para quien tanto aguardó,
Que el alba por el oriente
Viene á ahuyentar su pasion.

Muy larga para el mancebo
Que en Córdoba penetró,
De los ojos de una mora
Enredado en la prision.

Está el cristiano apoyado
En las rejas donde vió,
Mientras que lloró cautivo,
A la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña
Una respuesta aguardó:
Las celosias tuvieron
Siempre velado el balcon.

Mas viendo que á largos pasos
Veníase alzando el sol,
Entre amorosos suspiros
Así dijo á media voz:

“He llamado á tu ventana,
Mi sultana,
Siempre fiel á mi pasion,
Y enojado me despido,
Pues dormido,
Encontré tu corazon.”

Adios, mi dulce señora,
Ingrata mora,
Que pues mas no he de venir,
Bien harás de mí olvidada,
Descuidada,
En largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano
Vuelva ufano
Enamorado á buscar,
Clavando del foso oscuro,
Sobre el muro,
Una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,
Centinela
De tu cerrado balcon,
Aguarde ya entretenido,
Si dormido
He de hallar tu corazon.

No esperes, no, que combata,
Mora ingrata,
De tu celosia al pié,

Mientras en otros amores
Tus favores
Gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,
Porque escondes
Otro amor para mi amor,
Guardan los lances y cuitas
De tus citas
Para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,
Por esclava
De un señor y de un haren,
Y muera con tu hermosura
La ventura
De tu existencia tambien.

Adios; duerme, mi sultana,
Y tu ventana,
Testigo de mi pasion,
Te diga si he conocido
Cuán dormido
Estaba tu corazon.”

Y así el mancebo diciendo,
De sus zelos al furor
De un tajo las celosias
Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
A tan descompuesto son,
Y asomándose á la reja,
Quién era le preguntó.

Mas él á larga distancia,
Revolviendo un callejon,
Tornó la espada diciendo:
Dormid en paz, que soy yo.

CANCION.

MUSICA DEL SR. D. S. IBADIER.

CORO.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

El tiempo nos roba
Las horas mas bellas,
Romped las botellas
Y al baile venid.
Que al son que murmura
La danza insegura,
Sueño es de ventura
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Soñemos gozando
Fortuna tan vana,
Y el sol de mañana
Que vea al salir,
Que al son de la orquesta
Danzando en la fiesta,
No es carga funesta
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Diránnos mañana
Que somos ceniza,
Que es dicha postiza
La de este vivir;
Mas hoy gozaremos,
Dichosos seremos;
En tanto olvidemos
Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Bailemos, bebamos,
La vida es muy corta;
Tal vez nos importa
Pasarla feliz;
Y si al fin perdida
Se llora la vida,
Gozando se olvida
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Venid á mí, brillantes ilusiones,
Que engalanais la juventud ardiente;
Dadme, dadme fantásticas visiones
Conque embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
Y en vistoso tropel pasad risueñas
Como la espuma de sonante río
Resbala entre las peñas.

Dejadme aunque ficción ver á lo lejos
Esa radiante luz de la esperanza,
A cuyos ricos, trémulos reflejos,
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
Que tornan el compas de mis canciones
En lúgubre suspiro.

Yo que cruzo feliz, libre y contento,
De la existencia el áspero camino,
Que ayudado tal vez de noble aliento
Cantar es mi destino;

¡Por qué al herir ufano el arpa de oro
En amoroso son, lanza perdido
En vez de canto espléndido y sonoro
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
Natura por do quier pródiga brota,
De su ventura á mi tenaz empeño
Todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro
Al esplendente sol, y apelmazado
Sorbiendo el día nubarrón oscuro
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
Los cándidos placeres campesinos,
Y de muertas naciones insolentes
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
El imperial y soberano vuelo,
Y profano llegué tras su carrera
A llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
Los brindis y el placer, y ensangrentado
Hice girar en torno á los festines
El fétetro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
La senda del vivir entapizada,
Y caminé entre abrojos punzadores
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,
Y ningún amador se hognó con ellas;
Blasfemias mis plegarias se volvieron,
Y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,
Soñé fraternidad y huyó el amigo,
¡Que lleva al fin quien desventuras canta
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanse las flores en abrojos,
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
Del loco mundo las tristezas cura . . .
Cada sonrisa me costó un suplicio
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela
De la sombría noche misteriosa . . .
Las noches he pasado en larga vela,
En lucha congojosa.

Flores, ¿en dónde estais que no os encontre?
Vago por el jardín, y nunca os hallo;
Las raíces tal vez estarán dentro,
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
Meláncolica luna, yo os adoro!
Y al bendecir vuestras antorchas bellas
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
El mar corales, y los rios peces,
Yo bendigo sus senos creadores,
Los adoro mil veces.

Pero al volver al Dios que los ha hecho
Jamás me pareció ni mar ni tierra
Mas que un sepulero cuyo borde estrecho
Nuestra miseria encierra.

A MARIANA.

CANCION.

Limpia es la noche y callada,
La luna en el zenit brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.

La brisa errante y serena
Mansa suena
Meciendo árbol, yerba y flor,
Y el mundo en descuido inerte
Goza ó duerme

Sus pesares ó su amor.
Yo constante en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

¡Porqué me es tan delicioso
Saber cuando al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba . . .
Tan grato espiar atento
El momento

En que tu luz espiró,
Por poder decir ufano:

¡Ora qué vano
Favorito es como yo?

Me es tan dulce en mi agonía
Saber que en la noche umbría
Suspiro yo en tu ventana

¡Mariana mia . . .!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
¡Oh! no las abras, Mariana,
Noche ni día.

Yo bien pudiera mentirte
Palacios, buques, caballos,
En luengas tierras decirte
Que me respetan vasallos;
Porque de tierras ignotas
Y remotas

Fuera muy fácil mentir;
Mas decirte aunque quisiera
No supiera

Si me lo hubieras de oír,
Sino que en tenaz porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,

¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Yo no soy mas que un poeta,
Sin otro bien que mi lira,
Un alma al amor sujeta
Y un corazón que suspira;
Y aunque es verdad que hay algunos
Importunos

Que me aplauden mi canción,
Yo nunca he de hacerles caso,
Porque acaso

Hablillas del vulgo son.
Yo paso cantando el día,
Pero la noche sombría
Paso al pie de tu ventana,
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños
Oír tal vez te parece

De compases halagüenos
El son que se desvanece,
No son los ténues lamentos
De los vientos

Que murmuran al pasar;
No es el ruido de la fuente
Trasparente,

Sino el son de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana

¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

¡Oyes la lluvia que cae,
Y el aura en sus hilos rota
Que una voz triste te trae,
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
Turbulenta

Que muge con el turbion;
Es el arpa que yo toco
Cuando evoco

Tu sueño con mi canción,
Porque siempre en mi porfía
Yo velo en la noche umbría
Suspirando á tu ventana,

¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas,
Te cansa el son de mi canto
Y te cansan mis visitas;

Si tu sueño ó tus placeres
Ya no quieres
Que turbe importuno mas,
Manda que rompan la lira
Que suspira

Tan amoroso compas;
Mas si has de salir impía
A maldecir mi porfía
Cuando lloro á tu ventana
¡Mariana mia!

Deja que estelle mis quejas
En tus rejas,
Y no las abras, Mariana,
Noche ni día.